

LA REFORMA INCOMPLETA

Álex Hernández-Puertas

IX Premio Martín Recuerda de Teatro

www.alexhernandez.es

ESPACIO: Una sala de música

PERSONAJES: CHICA, la hermana

JOVEN1, el hermano mayor

JOVEN 2, el hermano menor

[La CHICA canta una canción triste y lenta, sin palabras. La voz fluye entre nota y nota de una forma quizá vagamente árabe. Podría ser un aria o los coros de un tema trip-hop. No hace nada más. Se concentra y canta. Pasado un minuto entra un JOVEN a sus espaldas y se detiene a escucharla. Al poco, la melodía termina en un tono algo oscuro. Ella parece volver en sí. Descubre entonces la presencia de su oyente.]

JOVEN1.– Lo siento, no quería molestarte.

CHICA.– No sabía que estuvieras ahí.

JOVEN1.– No quise interrumpirte.

CHICA.– No tenía importancia.

JOVEN1.– Ha sido hermoso.

CHICA.– Gracias.

JOVEN1.– No, gracias a ti. Es la primera cosa hermosa que me ocurre esta semana. Y estamos ya a viernes.

CHICA.– ¿De veras?

JOVEN1.– Sí.

CHICA.– Entonces no te he visto en toda la semana. ¿Dónde has estado?

JOVEN1.– No he salido de la casa. Me perdí. Por suerte encontré una cocina. No sabía que tuviéramos una cocina en el ala sur.

CHICA.– Tenemos tres.

JOVEN1.– ¿Tantas?

CHICA.– Al menos tres. Creo.

JOVEN1.– Es absurdo.

CHICA.– Podríamos acabar la reforma.

JOVEN1.– ¿Para qué?

CHICA.– Para no perdernos.

JOVEN1.– Tampoco hay nada mejor que hacer.

CHICA.– ¿Mejor que qué?

JOVEN1.– Mejor que perderse.

CHICA.– Si la acabáramos, no tendríamos una sala de música escondida en mitad de ninguna parte.

JOVEN1.– Tampoco sabía que tuviéramos una sala de música.

CHICA.– Ni yo. La encontré esta mañana.

JOVEN1.– Tu voz me ha traído hasta aquí.

CHICA.– A veces canto cuando estoy triste.

JOVEN1.– En todos estos años nunca te había oído cantar.

CHICA.– Canto cuando me siento sola.

JOVEN1.– Tranquila. Secretos peores se han guardado en esta casa.

CHICA.– La música llena el vacío.

JOVEN1.– ¿Tú también la echas de menos?

CHICA.– Debo marcharme.

JOVEN1.– Espera. ¿Por qué cantabas?

CHICA.– Ya te lo he dicho.

JOVEN1.– No. No me has dicho por qué estabas triste.

CHICA.– No.

JOVEN1.– ¿Pensabas en Rebeca?

CHICA.– No. No estoy triste por Rebeca.

JOVEN1.– Creí que la echarías de menos.

CHICA.– Yo no estoy triste por Rebeca. Estoy contenta por ella. Seguramente
ahora es más feliz.

JOVEN1.– Tus palabras son extrañas.

CHICA.– Una vez, hace ya mucho tiempo, había convencido a Rebeca para salir y
de repente...

JOVEN1.– ... de repente se cayó. Lo sé, lo recuerdo.

CHICA.– Rodó las escaleras hasta el recibidor.

JOVEN1.– Ya me lo has contado.

CHICA.– Yo corrí tras ella, muy asustada. Podía haberse roto el cuello. Pero se levantó riendo, no le había pasado nada.

JOVEN1.– [*simultáneamente*] “... no le había pasado nada”.

CHICA.– Le dije que si le ocurriera algo, esta casa se volvería para siempre triste como una tarde de lluvia; se apagaría como una vela consumida en mitad de una noche sin luna. Eso le dije. Pero ella, con su voz dulce, respondió: “Tal vez no sea un día triste: estaré por todas partes si una ráfaga de viento me arrebatara de la urna. Ese día andaré libre por los senderos anchos y azules de las nubes. Habrán muerto también los desencuentros, y seré yo quien os bese por toda despedida.” Entonces me acarició la mejilla, y subió a sus habitaciones, riendo.

JOVEN2.– [*Entra*] Todo eso es muy propio de Rebeca.

CHICA.– No le tenía miedo a la muerte.

JOVEN1.– Tampoco la buscaba.

JOVEN2.– Deja de engañarte.

JOVEN1.– Sabes que fue un accidente.

CHICA.– Ya estáis otra vez.

JOVEN2.– ¿Qué demonios hacéis aquí?

JOVEN1.– ¿Sabías que tenemos una sala de música?

JOVEN2.– ¿Sala de música? Ah, sí. La había visto alguna vez.

JOVEN1.– ¿Por qué nunca dijiste nada?

JOVEN2.– ¿Qué importancia tiene? Debe haber decenas de salas que no hemos visitado nunca. Tenéis que hacer más turismo. *[Ríe]*

JOVEN1.– Calla. Me duele la cabeza.

CHICA.– ¿Qué te pasa?

JOVEN1.– No he dormido bien. Anoche tuve una pesadilla.

CHICA.– Tienes mala cara.

JOVEN1.– Soñé que Rebeca estaba viva.

JOVEN2.– ¿Eso es una pesadilla?

CHICA.– Deja que termine.

JOVEN1.– Rebeca estaba frente a mí y me hablaba. El cielo sin nubes era de un color azul cristalino. Soplaban una brisa fresca de eucaliptos, y destellos de sol se trenzaban entre sus cabellos como hilos dorados. Caminaba hacia mí, sus pies blancos descalzos sobre la hierba húmeda. Llevaba un vestido blanco y me habló al oído. Me dijo: “Voy a decirte quién me ha matado”. Al acercarse, me llegó el perfume de una pequeña flor roja que llevaba en la solapa. Intenté hablar, pero ella me miró con unos ojos celestes cruzados de nubes blancas que viajaban a gran velocidad. Entonces pronunció algunas palabras más, pero yo no podía oírla porque soplaban un fuerte viento. La brisa se estaba transformando en un violento vendaval. Ella no se inmutaba. Yo tuve que arrojarme al suelo para no salir por los aires. Sobre mi cabeza pasaban ramas y árboles enteros arrancados de cuajo, y el cielo se cubrió por completo de negras nubes. Pero a Rebeca no se le hizo ni un solo pliegue en el vestido. El viento cesó y sólo quedamos ella y yo en un

páramo estéril bajo un cielo plomizo. Rebeca abrió lentamente los labios y dijo: “Algún día lo entenderás todo”. Entonces desperté aterrado.

JOVEN2.– No deberías tocar las medicinas de tu hermana.

JOVEN1.– ¿Nunca te tomas nada en serio?

JOVEN2.– Nadie mató a Rebeca.

JOVEN1.– Yo no estoy tan seguro.

JOVEN2.– ¿Has perdido el sentido, hermano? Sé razonable. No fue un asesinato.

Subió a lo alto de una torre en obras. Tenía ganas de morir. Saltó. ¿A estas alturas vas a dudar de eso por un estúpido sueño surrealista? ¡Abre los ojos! Todos hemos soñado alguna vez que volamos, pero por la mañana no intentamos despegar los pies del suelo y salir flotando por la ventana.

JOVEN1.– ¿De qué hablas? Esto es totalmente diferente. Ha sido como un mensaje.

JOVEN2.– No, tú quieres creer que es un mensaje. Intentas buscarle un sentido a la muerte de Rebeca. Pero se suicidó. Se ha llevado sus razones con ella y JAMÁS las averiguaremos.

CHICA.– Dejadlo ya.

JOVEN1.– Entonces por Dios que averiguaré la razón por la que se suicidó.

JOVEN2.– La sabes, pero no la aceptas.

JOVEN1.– Te equivocas, la desconozco. He olvidado el tiempo que llevo preguntándomelo.

JOVEN2.– Rebeca no era feliz.

JOVEN1.– Tonterías.

JOVEN2.– No era feliz. ¿Por qué crees que se embarcó en esta obra absurda e interminable? Necesitaba llenar su tiempo.

JOVEN1.– ¿Estás insinuando algo?

JOVEN2.– ¿Quieres dejar de tomártelo todo como algo personal? No te estoy atacando.

JOVEN1.– Lo parece.

JOVEN2.– Es así. Rebeca se aburría. Quiso aprender a tocar el piano, y ahora, ¿cuántos pianos tenemos? Siempre era igual, tenía que hacerlo todo a lo grande. Luego montó esta reforma infinita, absurda, desproporcionada. Y leía, leía mucho, durante horas.

JOVEN1.– ¿Leer es malo?

JOVEN2.– Leía para evadirse.

JOVEN1.– Leía porque tenía inquietudes.

CHICA.– También escribía.

JOVEN1.– ¿Escribía?

CHICA.– Sí... pero...

JOVEN1.– No lo sabía. ¿Pero qué?

JOVEN2.– Dilo.

CHICA.– ... pero nunca concluyó nada.

JOVEN2.– ¡Otra frustración más! Tenía tantas como pianos.

JOVEN1.– Siempre haces lo mismo.

JOVEN2.– ¿Qué hago?

JOVEN1.– Siempre tienes que ser tan negativo.

JOVEN2.– Soy realista. Y soy lógico. Te he dado razones, hermano, y no importa que no te gusten. Te tienen que valer, porque Rebeca se ha matado y se ha llevado sus razones con ella. Se las ha llevado. Así que no insistas. No insistas más en encontrarlas, porque cuando insistes, y no las encuentras, acabas soñando que, en realidad, fue secretamente asesinada. Así todo sería más fácil. El autor del crimen sería una persona viva a la que interrogar, alguien a quien culpar y castigar, y de quien averiguar sus motivos. Pero esta vez los motivos nos han sido ocultados definitivamente: los enterraron con Rebeca. Los motivos para tu sueño, en cambio, están muy claros.

JOVEN1.– Tú no me conoces.

JOVEN2.– Te conozco desde el día mismo en que nací.

JOVEN1.– ¡Basta! No tienes derecho a juzgarme.

JOVEN2.– Acéptalo: todo lo que tiene un principio tiene un final. Así es como funciona el mundo.

JOVEN1.– Eres repugnante.

JOVEN2.– ¿Por qué?

JOVEN1.– Por hablar así. Por interponerte.

JOVEN2.– ¿Qué dices?

JOVEN1.– Entre Rebeca y yo.

CHICA.– ¡Callaos! Fue Rebeca quien se interpuso.

JOVEN1.– ¿Cómo?

CHICA.– Entre nosotros. Es por Rebeca que siempre discutimos.

JOVEN1.– ¿A qué viene eso?

JOVEN2.– Nuestra hermana tiene razón. No nos soportamos. Y es por Rebeca.

JOVEN1.– ¡No es Rebeca! ¡No es Rebeca! ¡No es Rebeca!

JOVEN2.– No, no es Rebeca. Es esta casa, esta maldita casa... Cuando vivían nuestros padres era un internado, todo corbatas y modales a la mesa, y nadie se preocupó nunca de si esto era o no era un hogar. Luego murieron, pero tuvimos la suerte de que Rebeca había aparecido, y le dio color a la casa con sus risas resonando contra el mármol de la escalera por las estancias huecas... ¿Y para qué? Para despertar celos y envidias y rencores y avivar antiguos remordimientos y sentimientos cualquier cosa menos fraternales. Ahora que Rebeca ha muerto, y no me extraña nada que lo haya hecho en esta casa que era como una cárcel para su alma de pájaro, nos quedan los celos y los rencores y se ha marchado todo lo demás.

JOVEN1.– Debo admitir que es... una buena forma de expresarlo.

JOVEN2.– Pero se acabó. Yo también me marchó. He pospuesto esta decisión demasiado tiempo, pero ya es definitivo, me voy, a buscarme una vida, una VIDA fuera de estos muros que son ya como costillas apretadas contra mis pulmones, una casa donde tres hermanos habitan pero no vive ningún ser humano, nadie puede vivir aquí, nadie vive. Volaré a alguna parte, no me importa encallar mi bote en cualquier sitio lejos de aquí, lejos para no acordarme más que en pesadillas de este museo de cera, lejos, lejos, lejos.

JOVEN1.– ¿Y a qué esperas?

JOVEN2.– ¿Cómo?

JOVEN1.– Vamos, vete.

JOVEN2.– Pero...

JOVEN1.– ¿No dices que no importa? ¡Márchate!

CHICA.– Por favor, dejadlo ya.

JOVEN2.– ¡Pienso marcharme!

JOVEN1.– Ese es tu problema: que piensas. Llevas cuatro, seis, diez años diciendo que te marchas, ¿y qué haces aún aquí? No te marchaste cuando murieron nuestros padres, ni cuando murió Rebeca, ¿a qué esperas? Nadie más va a morir aquí, tus hermanos vamos a seguir habitando eternamente esta morgue panelada en madera como fantasmas encantando una casa donde vivieron y pasaron cosas terribles, pero tú, tú te marchas, márchate, vamos, tú eres libre, siempre has sido libre, no de acción, claro, en este internado de reglas y uniformes, libre de pensamiento, sí, tu gran problema, ahí estás, pensando...

CHICA.– ¡Dejad de pelear!

JOVEN1.– ...juzgando, separando lo que es malo de lo que está mal para luego vomitarnos a los demás toda tu mierda en forma de discurso trascendental de profeta iluminado por una verdad superior, reflexionando, y planeando, siempre y por encima de todo planeando tu gran futuro que un día llegará aunque ese día nunca llega porque no eres capaz de dejar de pensar y dar un paso adelante, vamos, pon un pie delante del otro, luego el siguiente, y repite el proceso sin pararte a pensar, una y otra vez hasta que salgas por la

puerta y de la casa y llegues a ese futuro que te espera lejos de aquí. ¡En marcha!

JOVEN2.– Ay, ¡eres tan previsible!

JOVEN1.– ¿Qué?

JOVEN2.– Siempre has pensado que vine a este mundo para quitarte protagonismo. Cuando eras hijo único, toda la atención se centraba en ti. Luego vino tu hermana, pero a ella no podías odiarla. ¡Es lógico! Es lógico que tuvieras que odiarme a mí.

JOVEN1.– ¡Olvídate ya de la lógica! ¡Dios!

JOVEN2.– Olvídate tú de Dios. Siempre te has creído todo lo que te han dicho.

JOVEN1.– No seas blasfemo.

JOVEN2.– Soy escéptico.

JOVEN1.– Y lógico, ¿verdad?

JOVEN2.– No veo ninguna razón para creer en nada.

JOVEN1.– Por lógica, alguien ha tenido que crear todo esto.

JOVEN2.– ¿El qué? ¿Una casa a medias?

JOVEN1.– ¡El mundo!

JOVEN2.– ¿Y ése es motivo para venerarle? ¿Qué tiene el acto de la creación que despierta tanta admiración? Todas las obras están llenas de imperfecciones, y este mundo no es una excepción.

JOVEN1.– Tú debes ser una de esas imperfecciones.

CHICA.– ¡Por favor!

JOVEN2.– Sin embargo, ningún creador se ha molestado en hacerme desaparecer.

CHICA.– Basta.

JOVEN1.– Nada es eterno.

JOVEN2.– No, y las cosas cambian.

JOVEN1.– Menos esta casa. Por eso te vas.

CHICA.– ¡Se acabó! ¿Cómo podéis hablaros así? ¡Es monstruoso! Por el amor de Dios, sois hermanos. Rebeca ya no está. ¿No podéis perdonaros y olvidar?

JOVEN1.– Rebeca no tiene nada que ver. El problema es más antiguo. Siempre me ha atacado.

JOVEN2.– ¿Atacarte? ¡Por favor! ¿Para qué iba a molestarte? Eres mi hermano mayor. Tu superioridad es inexpugnable.

CHICA.– ¡Se acabó! Fue Rebeca la que os hizo así. Podéis dejarlo ya.

JOVEN1.– ¿“Rebeca la que nos hizo así”?

JOVEN2.– Tranquila. Es la misma discusión, siempre.

CHICA.– No, no puede ser siempre la misma. No podéis estar siempre hablando de la misma cosa. Eso no os afectaría más que por cansancio o agotamiento. Pero no, vais perfeccionando vuestras armas. Vuestras palabras están más afiladas cada vez que las sacáis de esas vainas que tenéis por gargantas. Así que vamos acumulando heridas sobre cicatrices. Por fuera nos conservamos perfectos como cadáveres embalsamados, pero por dentro nos laten las costuras como si el mismísimo doctor Frankenstein nos hubiera forjado el alma a base de rayo y martillo.

JOVEN2.– Es la misma discusión de siempre.

CHICA.– No se puede tener la misma conversación una y otra vez. Ni siquiera una única conversación es siempre la misma, porque incluso una conversación que hace tiempo escuchamos y ahora recordamos nunca es igual que la conversación que entonces oímos y tuvo lugar. Así que no me digas que es la misma discusión de siempre.

JOVEN2.– Lo sabrías si escribieras uno de tus discursos. Podrías repetir el mismo sermón todos los días y no notaríamos la diferencia.

CHICA.– La conversación menos fiel es precisamente aquella que se transcribe y luego se lee o se escucha, las palabras son entonces cuerdas que nos atan a cosas que no hemos dicho, o que hemos dicho pero no queríamos decir, no esas en concreto, no así exactamente. Las palabras escritas atan al que las lee a una reflexión incompleta, más aún cuando el que escribe, o transcribe, se confunde o interpreta y no es literal, o si más tarde quien lee salta o se adelanta... [*JOVEN2 exhala un suspiro de aburrimiento y sale.*] ¡O si no atiende! Ya prestamos poca atención a quien nos habla en persona, menos aún a una lectura, su demanda es menos exigente, siempre podemos volver atrás. Pero nunca lo hacemos. Las conversaciones se quedan en retazos de recuerdos como puzzles que no somos capaces de reconstruir, o a los que siempre les faltan piezas, ya son puzzles desde el mismo momento en que se habla y no se engarza todo lo que se dice ni lo que se quiere o se pretende decir, y menos aún lo que se dice sin pretender hacerlo, que es, a veces, casi todo. Así que no me digáis que es la misma discusión siempre. Porque ni las palabras ni el momento son jamás los mismos.

JOVEN1.– El momento. ¿Qué importa el momento en esta casa en la que nunca pasa el tiempo? Mira a tu alrededor, hermana. ¿Ha cambiado algo en los

años que llevas viviendo? Las mismas puertas, los mismos cuadros, la misma mancha de vino en la esquina de la alfombra que el sofá no puede esconder. Mientras papá y mamá vivieron, jamás cambió nada en este mundo de reglas y barrotes, y nada cambió cuando murieron. Sí, mientras tanto, llegó Rebeca, apenas un soplo de aire fresco en la habitación cerrada, llegó como una revolución con su enjambre de obreros a mover puertas y escaleras, pero acabó por convertirse en aire estancado ella misma y desapareció. ¿Qué nos queda de su paso en esta casa sin tiempo? Una reforma incompleta y el recuerdo apenas, y el recuerdo no entiende de calendarios ni relojes. Aquí nadie viene y nadie se marcha porque eso marcaría un antes y un después, pero la física se ha olvidado de esta casa apartada en mitad de ningún sitio...

CHICA.– Hermano.

JOVEN1.– ¿Qué?

CHICA.– ¿Crees que...?

JOVEN1.– ¿Qué?

CHICA.– ¿Crees que queda algo ahí fuera?

JOVEN1.– ¿Qué quieres decir?

CHICA.– El mundo. Hace tanto que no salimos...

JOVEN1.– ¿Cómo?

CHICA.– ¿Seguirá existiendo?

JOVEN1.– ¿Qué?

CHICA.– ¡Todo!

JOVEN1.– ¿Dónde más pueden haber ido?

CHICA.– ¿Quiénes?

JOVEN1.– ¡Todos!

CHICA.– No lo sé. ¿Pero quiénes?

JOVEN1.– Todos...

CHICA.– ¿A quién recuerdas?

JOVEN1.– No lo sé.

CHICA.– ¿Quién es la última persona que recuerdas?

JOVEN1.– Es Rebeca.

CHICA.– Antes.

JOVEN1.– No recuerdo a nadie más.

CHICA.– ¿Qué dices?

JOVEN1.– No recuerdo a nadie más.

CHICA.– Tienes que recordar a nuestros padres.

JOVEN1.– Ah, sí, nuestros padres. Ya casi no recordaba que los había olvidado.

CHICA.– Enfermaron.

JOVEN1.– ¿Qué fue de ellos?

CHICA.– Y murieron. ¿Recuerdas?

JOVEN1.– No. Sí.

CHICA.– Había doctores.

JOVEN1.– Sí.

CHICA.– ¿No recuerdas a nadie más?

JOVEN1.– Tuvo que haber obreros.

CHICA.– ¡Obreros, sí! Hubo ebanistas y fontaneros.

JOVEN1.– Cristaleros y albañiles.

CHICA.– Arquitectos y pintores.

JOVEN1.– No recuerdo a ninguno.

CHICA.– No, yo tampoco.

JOVEN1.– ¿Qué fue de ellos?

CHICA.– Se marcharon cuando murió Rebeca.

JOVEN1.– Sí, se marcharon todos.

CHICA.– Era ella quien los contrataba.

JOVEN1.– Ella quien les daba instrucciones.

CHICA.– Ella quien los conocía por sus nombres.

JOVEN1.– ¿Qué nombres tenían? ¿Cómo se llamaban?

CHICA.– No lo sé. No los recuerdo.

JOVEN1.– “Se marcharon cuando murió Rebeca...”

JOVEN2.– [*Entra, visiblemente alterado*] ¿Dónde?

CHICA.– ¿Qué?

JOVEN2.– ¿Cómo se...?

CHICA.- ¿Estás bien?

JOVEN2.- ¿Dónde está la puerta?

JOVEN1.- ¿Qué puerta?

JOVEN2.- ¡La salida, joder!

CHICA.- ¿De veras te marchas?

JOVEN1.- ¿Qué dices?

JOVEN2.- No sé salir de aquí.

CHICA.- ¿No sabes...?

JOVEN2.- ¿Cómo demonios se sale de esta casa?

[Silencio]

CHICA.- No me acuerdo.

JOVEN1.- ¿Qué decís? ¿Qué está pasando? ¡Esto no tiene ningún sentido! *[Sale]*

CHICA.- ¿Adónde vas?

JOVEN2.- ¡No podrás salir!

CHICA.- ¿Qué ha pasado?

JOVEN2.- Hermana, piensa. ¿Dónde está la puerta de casa?

CHICA.- “¿Dónde está...?”

JOVEN2.- ¡Piensa! ¿Dónde está la puerta de casa?

CHICA.- ¿Qué te pasa? ¡No lo sé!

JOVEN2.- ¡Dónde está la puerta!

CHICA.– ¡Suéltame, me haces daño!

JOVEN2.– ¡Lo siento!

CHICA.– Me has hecho daño.

JOVEN2.– Lo siento.

CHICA.– ¿Qué te pasa?

JOVEN2.– ¡Nada! He dicho que lo siento.

CHICA.– Es la sala de música... Tú ya la conocías, ¿verdad?

JOVEN2.– No es una sala de música.

CHICA.– “No es...” ¿Qué es? [*Mira a su alrededor. Descubre un marco con un retrato.*] Sois Rebeca y tú.

JOVEN2.– Sí. Quiero irme.

CHICA.– ¿Qué hace esto aquí? ¿Qué significa?

JOVEN2.– Deja eso.

CHICA.– Ah. Ah. Ya comprendo.

JOVEN2.– Quiero salir de aquí.

CHICA.– No necesitamos salir para nada. Somos felices aquí.

JOVEN2.– ¿Felices?

CHICA.– Las despensas están repletas de conservas.

JOVEN2.– Quiero salir.

CHICA.– ¿Por qué?

JOVEN2.– ¿“Por qué”? ¿Por qué querría quedarme?

CHICA.– ¿“Por qué querrías quedarte”?

JOVEN2.– Nada me ata aquí.

CHICA.– Nada te ata fuera. Tú siempre has sido libre. Nada te ata.

JOVEN2.– Me atan los muros de esta casa. ¡Quiero encontrar la puerta!

CHICA.– La puerta. Hace tanto que no salgo...

JOVEN2.– ¡Tiene que haber una puerta en alguna parte!

CHICA.– Pues claro. Como en todas las casas.

JOVEN2.– Esta nunca ha sido una casa “como todas las casas”, hermana.

CHICA.– Quizá la puerta esté en obras.

JOVEN2.– ¿En obras?

CHICA.– Sí.

JOVEN2.– ¿Quieres decir que Rebeca nos dejó aquí encerrados?

CHICA.– No, ella no habría hecho eso.

JOVEN2.– Ella tampoco se habría suicidado y es justo lo que hizo.

JOVEN1.– *[Entrando]* No lo hizo.

CHICA.– No empecéis a discutir otra vez, por favor.

JOVEN1.– ¿Qué guardas ahí?

CHICA.– Nada.

JOVEN2.– ¿Has encontrado algo?

JOVEN1.– No hay salidas. O no las encuentro. La casa es un laberinto.

CHICA.– Quizá los obreros cerraron la salida antigua antes de abrir una nueva.

JOVEN1.– Los obreros nos abandonaron a nuestra suerte.

JOVEN2.– No seáis absurdos. Tuvieron que marcharse por alguna parte.

JOVEN1.– Entonces nos encerraron desde fuera.

CHICA.– ¿Por qué iban a hacer eso?

JOVEN1.– Querrían quedarse con el dinero sin terminar el trabajo. No sabemos si
Rebeca les pagó.

JOVEN2.– ¿Quién es ahora el negativo?

CHICA.– Era ella quien les daba instrucciones. Cuando murió, no sabrían qué
hacer.

JOVEN1.– Podrían habernos preguntado.

JOVEN2.– Ni siquiera debían saber que existíamos.

CHICA.– ¿“Que existíamos”? ¿Por qué hablas en pasado?

JOVEN2.– Bueno, ¿en qué año estamos?

CHICA.– ¿Qué?

JOVEN1.– ¿“En qué año”?

JOVEN2.– ¿Cuánto tiempo ha pasado?

CHICA.– ¿Desde cuándo?

JOVEN2.– Desde que murió Rebeca. Al menos un año.

CHICA.– Dos años.

JOVEN1.– Seis años.

CHICA.– No lo sé.

JOVEN2.– Hermanos.

CHICA.– ¿Qué?

JOVEN2.– ¿Acaso estamos muertos?

CHICA.– ¿Qué?

JOVEN1.– No digas tonterías.

JOVEN2.– Estamos muertos. ¿Era Rebeca la que se cayó desde la torre en obras?

¿Por qué tengo una imagen tan nítida del accidente? El sol amarillo reflejado en el profundo azul del estanque, los tablones de madera contra el marco de ondulaciones verdes del jardín, la valla blanca de seguridad y su vestido rojo flotando en el vacío al cruzarla... ¿Quién puso esas imágenes en mi mente?

JOVEN1.– ¡Hijo de puta! ¡Fuiste tú!

JOVEN2.– ¿Qué?

JOVEN1.– ¡Lo hiciste tú!

CHICA.– ¡No!

JOVEN2.– Te has vuelto loco.

CHICA.– ¡Suéltale!

JOVEN1.– ¡Voy a matarte!

CHICA.– ¡Quieto! Yo también...

JOVEN1.– ¡Te voy a matar!

CHICA.– ¡Yo también lo recuerdo!

JOVEN1.– ¿Cómo?

JOVEN2.– ¿Lo ves?

JOVEN1.– ¿Qué has dicho?

CHICA.– Debes recordarlo tú también.

JOVEN1.– No. Yo...

JOVEN2.– Éramos nosotros los que estábamos allí arriba. Lo recordábamos todo al revés.

CHICA.– Tiene razón.

JOVEN1.– No. Se equivoca.

JOVEN2.– ¿Por qué? Pudo ser exactamente al revés. Los tres estábamos en la cima de la torre incompleta. Caímos...

JOVEN1.– ¿Los tres?

CHICA.– Quizá Rebeca siga viva.

JOVEN1.– Rebeca ha muerto. Nosotros no. No seáis ridículos. Nunca estuvimos en la torre en obras.

JOVEN2.– ¿Estás seguro?

JOVEN1.– ¿Por qué íbamos a subir?

CHICA.– Eso es cierto. No solíamos involucrarnos en la reforma.

JOVEN1.– Además, yo tengo vértigo.

CHICA.– Ni siquiera salimos de aquí.

JOVEN2.– Entonces...

JOVEN1.– ¿Entonces?

CHICA.– Entonces estamos muertos desde mucho antes.

JOVEN2.– ¿Qué estás diciendo?

CHICA.– Nuestros padres enfermaron y murieron. Pero los hemos olvidado. No recordamos a nadie más. Quizá nosotros también enfermamos.

JOVEN2.– Enfermamos y...

CHICA.– La propia enfermedad debió confundir nuestros recuerdos. Desde entonces, no recordamos a nadie más.

JOVEN2.– ¿Y Rebeca?

JOVEN1.– ¿Queréis dejar de decir que estamos muertos? Es la idea más estúpida que he oído jamás.

CHICA.– La casa debió quedar vacía. Alguien tuvo que comprarla. Una chica. Una chica joven, inquieta.

JOVEN2.– Hermosa como el primer sol de primavera.

CHICA.– La casa era suya, podía hacer con ella lo que le viniera en gana. Así que inició reformas. Pero nosotros volvimos. Y la acosamos. Queríamos seguir viviendo aquí. Pero nunca la tocamos. Nunca estuvimos realmente con ella.

JOVEN1.– Por supuesto que estuve con ella. Era mi prometida.

CHICA.– Nunca estuviste con ella, hermano.

JOVEN1.– ¿Qué dices?

CHICA.– Lo sé. Lo siento.

JOVEN1.– No estás hablando en serio.

JOVEN2.– Eso explica muchas cosas.

CHICA.– Sí. [*Mira el dorso del marco que ocultó de JOVEN1.*] Hoy estamos aprendiendo muchas cosas.

JOVEN2.– [*Percibiendo su gesto.*] Cállate.

JOVEN1.– Sí, cállate. Me haces daño.

CHICA.– Acéptalo, hermano. No eras su prometido. Eras una aparición. Una pesadilla.

JOVEN1.– No te creo. No quiero creerte.

CHICA.– Tú también. Tus visitas debían ser una tortura para Rebeca.

JOVEN2.– Te ha dicho que te calles.

CHICA.– Hasta que un día no pudo más y se suicidó. Por eso lo recordamos. Porque nuestros espíritus viajaron con ella. Porque fuimos nosotros quienes la empujamos hasta el borde del abismo.

JOVEN2.– No.

CHICA.– Después de su muerte, debieron clausurar la casa. Por eso no podemos encontrar la puerta.

JOVEN1.– ¡No!

JOVEN2.– No puedes llevar razón.

CHICA.– ¿Por qué no?

JOVEN2.– Porque habría una salida entablada en alguna parte.

CHICA.– Eso no demuestra nada.

JOVEN2.– ¿Y qué somos? ¿Fantasmas?

CHICA.– ¿Fantasmas?

JOVEN2.– ¿Por qué habríamos de serlo?

CHICA.– No sé. Asuntos pendientes, dicen.

JOVEN2.– Yo no tengo ningún asunto pendiente. Nada de esto me importa, nada me une a este lugar, ningún vínculo, estoy en esta casa como si alguien me hubiera recortado con unas tijeras de algún otro lugar y me hubiera colocado aquí dentro. Hace tiempo que quiero marcharme de este infierno, porque nunca he albergado deseo alguno de permanecer entre estas cuatro paredes. Aquí dentro todo se repite como si no existiera otra cosa ahí fuera. Somos el eco de personas que una vez fuimos y dejamos de ser, como si se nos hubiera olvidado continuar adelante. ¿Por qué recordamos el accidente con tanta nitidez? Porque nos lo hemos contado millones de veces. En esta casa no se habla de otra cosa. Y aunque las palabras vuelan y son fuente de malentendidos, [*momentáneamente irónico:*] y aunque la conversación que hace tiempo escuchamos y ahora recordamos nunca es igual que la conversación que entonces oímos y tuvo lugar, hermana, las imágenes quedan, las escenas tantas veces descritas e imaginadas y seguramente soñadas se van grabando a fuego en nuestras memorias. Creemos recordar cosas que jamás hemos visto por culpa de palabras dichas demasiadas veces. ¿Y por qué sigo hablando del tema? Me debo estar volviendo loco.

CHICA.– Nos debemos estar volviendo locos, sí. No entiendo lo que dices, no entiendo nada de lo que dices.

JOVEN2.– Tenemos que salir de aquí.

JOVEN1.– Buscaremos una salida.

JOVEN2.– Nos separaremos.

CHICA.– ¿Dónde vais? No quiero quedarme sola.

JOVEN2.– Espéranos aquí.

JOVEN1.– Volveré a por ti.

JOVEN2.– No te muevas de esta sala.

JOVEN1.– Buena suerte, hermano.

[Salen por laterales opuestos. La CHICA queda quieta, asustada. Mira a su alrededor. Recoge el marco con el retrato de Rebeca y el JOVEN2. Lo observa, pensativa. Luego, enérgica, decide buscar más secretos. Abre armarios y cajones, busca detrás de biombos y pasarelas, sobre estantes y escritorios, bajo mesas y escaleras. Encuentra un pequeño juguete: un mueble de una casa de muñecas. Lo observa y mira a su alrededor: es una reproducción idéntica de un mueble de la sala de música. Lo coloca sobre éste, como para comparar el parecido. Después, sigue buscando. Un cajón no se abre. Aunque tira con fuerza, parece estar cerrado con llave. En otra puerta de ese armario, encuentra una máquina de escribir. Bajo ella, en otro cajón, un fajo de hojas escritas. Lo coge. Sopla el polvo. Lee.]

CHICA.– “Todo tiene una razón y un porqué. Nada es casual. Cada cosa que pasa en el mundo viene precedida por cientos de miles de millones de acontecimientos que influyen, condicionan, estimulan, afectan y en definitiva provocan efectos que, por imprevistos, por desmesurados, por accidentales que nos parezcan, habrían sido perfectamente previsibles si hubiéramos podido conocer de antemano todos y cada uno de esos incontables factores. Así podríamos remontarnos infinitamente hacia atrás,

hasta el día en que la bola empezó a andar y se puso en marcha de una vez y para siempre toda esta inercia. El libre albedrío es el nombre que le damos a la ignorancia, al desconocimiento profundo e insalvable y casi siempre voluntario de estos procesos que nos conducen a hacer las cosas que inevitablemente haremos lo queramos o no. Llámalo efecto mariposa, destino si quieres, o efecto dominó, pero es la primera y única ley universal: acción-reacción. Causa y efecto.”

JOVEN1.– *[Entra]* ¿Hermana? ¿Eres tú?

CHICA.– ¿Ya has vuelto?

JOVEN1.– Otra vez aquí... ¡No he hecho más que dar vueltas en círculo!

CHICA.– ¿No has encontrado la salida?

JOVEN1.– No, no encuentro nada, no sé cómo he llegado a parar aquí otra vez.
Veo que tú también has estado buscando.

CHICA.– Sí.

JOVEN1.– ¿Has encontrado algo?

CHICA.– Un texto de Rebeca, un borrador, creo. No acabo de entender lo que dice. Estaba junto a una máquina de escribir, en ese armario. Tiene un cajón cerrado con llave.

[El JOVEN1 se acerca e intenta abrirlo, sin éxito.]

CHICA.– También he encontrado ese juguete.

[JOVEN1 se acerca y observa el mueble en miniatura, y el mueble sobre el que se apoya.]

JOVEN1.– Es idéntico.

CHICA.– Sí. No sé lo que significa.

JOVEN1.– [*Sopesa el mueble sobre su mano unos instantes, finalmente lo aprieta en el puño hasta reducirlo a astillas.*] ¡Dios! ¡Esto es lo que somos! ¡Juguetes en una casa de muñecas! Y Rebeca, una niña malcriada que ha jugado con nosotros. Ha estado jugando con nosotros durante años, inventando historias, volviéndonos locos. Nos ha hecho amigos a la mesa y enemigos en el amor, como personajes en una novela barata. Cambiando paredes y muebles de sitio, en esta, su gran obra, la reforma que no tenía fin. También nos cambió a nosotros. Nos iba moldeando a imagen de los personajes que tenía en su imaginación, matando a nuestros padres, cambiando nuestros pasados. Al final debió hartarse y guardar la casa en una caja de cartón.

JOVEN2.– [*Entrando*] ¿De qué hablas?

JOVEN1.– De nada. ¡Nada! [*Arroja las astillas.*] Lo que está pasando no tiene ningún sentido.

JOVEN2.– Te equivocas. Debe tener algún sentido, sólo tenemos que encontrarlo. Todo tiene una razón y un porqué. Nada es casual. Cada cosa que pasa en el mundo viene precedida por cientos de miles de millones de acontecimientos que influyen, condicionan, estimulan, afectan y en definitiva provocan efectos que, por imprevistos, por desmesurados, por accidentales que nos parezcan, habrían sido perfectamente previsibles si hubiéramos podido conocer de antemano todos y cada uno de esos incontables factores. Así podríamos remontarnos infinitamente hacia atrás, hasta el día en que la bola empezó a andar y se puso en marcha de una vez y para siempre toda esta inercia. El libre albedrío es el nombre que le damos a la ignorancia, al

desconocimiento profundo e insalvable y casi siempre voluntario de estos procesos que nos conducen a hacer las cosas que inevitablemente haremos lo queramos o no. Llámalo efecto mariposa, destino si quieres, o efecto dominó, pero es la primera y única ley universal: Acción-Reacción, Causa y Efecto. Esto debe tener alguna explicación. Tiene que tenerla. Todo tiene un porqué.

[La CHICA ha estado observando a su hermano y los papeles que aún sostiene en sus manos.]

CHICA.– ¿Por qué has dicho eso?

JOVEN1.– Sí, ¿por qué me sueltas esa parrafada?

JOVEN2.– Porque no podemos rendirnos, tenemos que encontrarle un sentido a lo que está pasando.

CHICA.– Esas palabras... ¿las habías leído antes?

JOVEN2.– ¿Qué palabras? ¿De qué hablas? Hermana, tenemos que salir de aquí.

JOVEN1.– ¿Has encontrado la salida?

JOVEN2.– No.

JOVEN1.– Tu hermana ha encontrado algo.

CHICA.– Es lo que intentaba deciros. Este texto...

JOVEN1.– Es de Rebeca. Rebeca utilizaba esta sala. Y hay un cajón cerrado con llave.

[El JOVEN2 examina el cajón cerrado. No se abre. La CHICA sigue reconociendo sus palabras en el texto.]

CHICA.– Callad, por Dios, ¡está todo aquí! ¡Está todo aquí!

[El JOVEN2 extrae una llave y abre el cajón.]

JOVEN1.– ¿De dónde has sacado esa llave?

JOVEN2.– Rebeca la llevaba encima cuando se mató. La guardo desde entonces.

CHICA.– Chicos, escuchadme...

JOVEN1.– ¿Qué hay dentro?

JOVEN2.– Un revólver.

JOVEN1.– ¿Por qué guardaba Rebeca un revólver?

JOVEN2.– Te lo dije. Quería matarse.

JOVEN1.– O matarnos.

JOVEN2.– ¿Por qué iba a querer matarnos?

JOVEN1.– Dámelo.

JOVEN2.– ¿Por qué?

JOVEN1.– Es peligroso.

JOVEN2.– Pues claro que es peligroso.

CHICA.– No, por favor, no empecéis.

JOVEN1.– Dámelo.

JOVEN2.– No va a ser más seguro por estar en tus manos.

CHICA.– ¡Basta! ¡Escuchadme!

JOVEN1.– Te digo que me lo des.

JOVEN2.– ¡Déjame en paz!

CHICA.– ¡Estaos quietos!

JOVEN2.– No me toques, creo que está cargada.

JOVEN1.– Trae aquí.

[JOVEN1 se hace con el revólver.]

JOVEN2.– ¿A quién vas a dispararle con eso?

JOVEN1.– A nadie.

JOVEN2.– ¿Entonces para qué lo quieres? Suéltalo.

JOVEN1.– Ni hablar.

JOVEN2.– Luego piensas utilizarlo. ¿A quién vas a disparar?

JOVEN1.– Aún no lo sé. Razónalo tú. Dedúcelo.

JOVEN2.– ¿Qué?

JOVEN1.– Causa y efecto. Sabes cómo hemos llegado hasta aquí. Deberías ser capaz de deducir lo siguiente.

JOVEN2.– No, no sé, no lo sé, cómo hemos llegado hasta aquí. Deja de decir tonterías. Dame eso.

CHICA.– *[Mirando el texto]* No, por Dios, ¡no sigáis!

JOVEN1.– Tranquilos, no pensaba utilizarlo.

JOVEN2.– Te digo que me lo des.

CHICA.– ¡No sigáis! ¡Está todo aquí! ¡Os vais a hacer daño!

JOVEN1.– ¿Por qué? Ahora es mío.

JOVEN2.– ¿“Es tuyo”?

JOVEN1.– ¡Sí! Es mío.

JOVEN2.– No sería la primera cosa que te quitara.

JOVEN1.– Pero sería la última. ¡Cabrón!

CHICA.– ¡No! ¡Quietos!

[Forcejean. La CHICA intenta separarles.]

JOVEN2.– Estás mal de la cabeza. No voy a dejar que andes por ahí con eso.

[De un empujón, los papeles de la CHICA vuelan por los aires.]

JOVEN1.– Cógelo si te crees tan hombre.

[Suena un disparo, cuyo eco retumba en el repentino silencio.]

JOVEN2.– Maldita sea.

[El JOVEN1 cae inerte.]

CHICA.– ¿Lo has matado?

JOVEN2.– No quería soltarlo.

CHICA.– Lo has matado.

JOVEN2.– Sólo quería protegerte.

CHICA.– ¡Has matado a tu propio hermano!

JOVEN2.– ¡Lo siento!

CHICA.– ¿Por qué? ¡Explícamelo! ¿Por qué?

JOVEN2.– Se ha disparado, yo no pretendía...

CHICA.– ¿Por qué?

JOVEN2.– ¡No lo sé!

CHICA.– ¿Por qué tenía que morir?

JOVEN2.– No tiene explicación. ¿Es eso lo que quieres oírme decir? Ha ocurrido, y no tiene un porqué. Ahora ayúdame a sacarlo de aquí.

CHICA.– No.

JOVEN2.– ¿Cómo que no? ¡Ayúdame!

CHICA.– ¡No quiero!

JOVEN2.– ¿Qué te pasa?

CHICA.– No quiero salir de aquí. Tengo miedo.

JOVEN2.– ¿Miedo de qué? Ayúdame, maldita sea. Ayúdame, está muerto.

CHICA.– Aquí me siento a salvo. No quiero vagar por la casa. Me da miedo. Llévatelo, y no me digas donde lo llevas. No quiero recordarlo. No sabré encontrarlo. [*JOVEN2 se lleva el cuerpo.*] La casa es como un vago sueño. La recuerdo tan sólo como si me hubiesen hablado de ella, como si nunca hubiera existido más que en palabras. Las palabras son fuente de malentendidos, pero nunca aparecen cuando se las necesita. Ahora querría tener palabras para honrar la muerte de mi hermano, pero no las encuentro. Tendría que haber más palabras, para que al menos algunas sirvieran para decir adiós. No las hay, porque no son nada. La esencia está en las cosas: un piano, un beso, una bala. Una casa. No me gusta la esencia de esta casa. La recuerdo tan sólo como si me hubiesen hablado de ella, como si nunca

hubiera existido más que en palabras. *[JOVEN2 entra]* ¿A dónde le has llevado?

JOVEN2.– Me has pedido que no te lo diga.

CHICA.– No deberías hacer caso a todo lo que digo.

[La CHICA recoge compulsivamente los papeles del suelo, totalmente desordenados.]

JOVEN2.– ¿Por qué estás tan agresiva conmigo?

CHICA.– ¿“Por qué”, me preguntas? Siempre, siempre teníais que estar peleando, y mira, ¡mira a dónde nos ha llevado!

JOVEN2.– Lo siento...

CHICA.– ¿Y yo soy la agresiva? ¿Yo estoy agresiva contigo?

JOVEN2.– Por favor, no me odies...

CHICA.– ¡Debería matarte! *[Coge el revólver, aunque no le apunta.]* Si el mundo fuera justo debería volverme loca y meterte un tiro en esa estúpida cabezota tuya que siempre, siempre tiene que decir la última palabra, siempre tiene que salirse con la suya, siempre tiene que llevar la razón, como si estuvieras por encima de la triste debilidad del error humano.

JOVEN2.– Por favor, hermana...

CHICA.– ¡Pues eres humano! ¡Te ha parido la misma mujer que a mí y que a tu hermano, ese hermano muerto que te has llevado y no me quieres decir a dónde!

JOVEN2.– *[Llorando:]* Me has pedido que no te lo dijera.

CHICA.– ¿Y cuándo has hecho tú caso de lo que se te ha dicho? ¿Cuándo?
¡Rebelde! ¡Enano! ¡Enfermo!

JOVEN2.– Hermana, por favor... deja de hablarme así, por favor... Vamos a olvidarnos de todo. Háblame como antes, como cuando éramos niños... Cuéntame ese futuro que siempre fue, promesas de viajes y aventuras, ¿recuerdas? Háblame como si todavía creyeses que las cosas van a cambiar a mejor. Como si fuésemos felices.

[La CHICA le mira fijamente a los ojos. Después le cruza la cara de una sonora bofetada.]

JOVEN2.– ¡Hermana...!

CHICA.– No me toques. *[Estas palabras hacen reaccionar al JOVEN2: no es él quien necesita consuelo.]* No quiero que me ensucies con la sangre de tu hermano.

JOVEN2.– Tranquilízate, por favor.

CHICA.– ¡No me toques! No me hables.

JOVEN2.– Tranquilízate. Estás muy alterada.

CHICA.– Dadas las circunstancias, yo diría que me encuentro perfectamente.

JOVEN2.– Voy a buscar algún calmante. *[Sale]*

CHICA.– No tengo ninguna intención de drogarme. Me siento como si no hubiera dormido nunca y jamás necesitara volver a dormir. *[Busca con la mirada en el papel que tiene delante y lee:]* “Cógelo si te crees tan hombre. Forcejean. Suena un disparo. Maldita sea. ¿Lo has matado?” ... ¿Qué más va a suceder, qué más? *[Busca en otras páginas.]* No sé cuál es el orden. “Gracias a ti. Es

la primera cosa hermosa que me ocurre esta semana. Y estamos ya a viernes.” ¡Dios, está todo aquí! *[Pasa a otra página. Lee para sí, luego, incrédula, pronuncia con cuidado:]* “No la maté, no, pero cuánto deseé haberla matado. A menudo imaginaba su muerte. ¡Cuántas veces la tiré por la escalera! Cada noche Rebeca rodaba la escalera hasta el recibidor y se partía el cuello. Yo me quedaba arriba, en la balaustrada, mirando su cuerpo torcido, el ángulo quebrado de su garganta.” *[Asustada, arroja los papeles al cajón y lo cierra. Lloro. Se abraza. Intenta respirar hondo. Se recompone. Para darse fuerzas, empieza a tararear algo.]*

[La CHICA canta una canción triste y lenta, sin palabras. La voz fluye entre nota y nota de una forma quizá vagamente árabe. Podría ser un aria o los coros de un tema trip-hop. No hace nada más. Se concentra y canta. Pasado un minuto entra el JOVEN1 a sus espaldas y se detiene a escucharla. Al poco, la melodía termina en un tono algo oscuro. Ella parece volver en sí. Descubre entonces la presencia de su oyente.]

JOVEN1.– Lo siento, no quería molestarte.

CHICA.– No sabía que estuvieras ahí.

JOVEN1.– No quise interrumpirte.

CHICA.– *[reaccionando]* Estás vivo...

JOVEN1.– Ha sido hermoso.

CHICA.– Gracias a Dios.

JOVEN1.– No, gracias a ti. Es la primera cosa hermosa que me ocurre esta semana. Y estamos ya a viernes.

CHICA.– Pero, ¿cómo? Te he visto con mis propios ojos.

JOVEN1.– Sí.

CHICA.– ¿Dónde has estado?

JOVEN1.– No he salido de la casa. Me perdí. Por suerte encontré una cocina. No sabía que tuviéramos una cocina en el ala sur.

CHICA.– Tenemos tres. ¿Qué? ¡Escúchame!

JOVEN1.– ¿Tantas?

CHICA.– Estabas muerto.

JOVEN1.– Es absurdo.

CHICA.– Estabas muerto, ¡escúchame!

JOVEN1.– ¿Para qué?

CHICA.– ¿Para qué? Para... ¡Dios! Deja de hablar un momento por favor.

JOVEN1.– Tampoco hay nada mejor que hacer.

[La CHICA rompe a llorar. En el silencio, el JOVEN1 se queda en pausa, esperando su pie, que no llega. La CHICA se da cuenta del silencio. Secándose las lágrimas, abre el cajón y saca el manuscrito de Rebeca. Busca entre las páginas, encuentra su texto y lee sin esperanza:]

CHICA.– “¿Mejor que qué?”

JOVEN1.– Mejor que perderse.

CHICA.– “Si la acabáramos, no tendríamos una sala de música escondida en mitad de ninguna parte.”

JOVEN1.– Tampoco sabía que tuviéramos una sala de música.

CHICA.– “Ni yo. La encontré esta mañana.”

JOVEN1.– Tu voz me ha traído hasta aquí.

[Al leer su siguiente frase, la CHICA decide romper la página en mil pedazos.

Aun así, con rabia, la pronuncia:]

CHICA.– “A veces canto cuando estoy triste.”

[El JOVEN1 parece salir de un trance, sin saber qué decir. El JOVEN2 entra, pero antes de que abra la boca, la CHICA vuelve a romper más páginas, dejándole sin líneas. En su ataque de furia, sigue repitiendo su frase:]

CHICA.– “A veces canto cuando estoy triste.” “A veces canto cuando estoy triste.”

JOVEN2.– Tú nunca has cantado.

CHICA.– ¿Qué?

JOVEN2.– No sabes cantar. Siempre has querido cantar. No sabes cantar.

JOVEN1.– A Rebeca le hubiera gustado que cantaras para ella.

CHICA.– *[Recordando.]* Nunca lo hice.

JOVEN2.– Tú nunca has cantado.

CHICA.– A ella le hubiera gustado que cantara.

JOVEN1.– Quizá mandó construir esta sala de música para ti.

JOVEN2.– A Rebeca le hubiera gustado que cantaras.

CHICA.– Ella me habría imaginado así.

JOVEN2.– ¿Imaginado?

JOVEN1.– No te entiendo.

CHICA.– Eso es. Ella nos hubiera imaginado así. Un hombre serio y responsable como prometido. Una bonita y dulce chica como amiga.

JOVEN1.– Un joven apuesto y rebelde como amante.

JOVEN2.– Lo siento, hermano. Nunca quise herirte.

JOVEN1.– No fuiste tú.

CHICA.– Ella nos imaginó así.

JOVEN2.– ¿Ella nos imaginó?

JOVEN1.– Rebeca nos imaginó así.

CHICA.– Nos imaginó incompletos. Mi vida no es una vida. Son retazos de una vida. Está llena de fragmentos inconexos. Está vacía. Lo recuerdo todo desde su llegada. Desde que empezó a imaginarnos, a escribirnos. ¿Pero qué tenemos antes de eso? Huecos, lagunas, vacíos... nada.

JOVEN2.– Pero yo recuerdo las cosas antes de Rebeca, recuerdo...

CHICA.– ¿Qué recuerdas?

JOVEN2.– Nuestros padres...

CHICA.– ¿Cómo se llamaban?

JOVEN2.– ¿“Cómo se llamaban”?

CHICA.– Nunca debió llegar a escribir esa parte. Nos escribió un pasado, pero nunca entró en detalles.

JOVEN2.– Nuestros padres se llamaban...

JOVEN1.– Ni nuestros padres, ni los médicos, ni los obreros... Personajes secundarios sin nombre.

CHICA.– Escribió esta casa...

JOVEN1.– ... pero nunca entró en detalles. Esta maldita casa.

CHICA.– “Es como un vago sueño.”

[Recuerdan sus propias frases. Algunas las leen de fragmentos de las páginas rotas.]

JOVEN1.– “Las mismas puertas, los mismos cuadros.”

CHICA.– “Fue Rebeca la que os hizo así.”

JOVEN1.– “Nadie viene y nadie se marcha.”

CHICA.– “Nos imaginó así.”

JOVEN1.– “Ha estado jugando con nosotros durante años, inventando historias.”

JOVEN2.– “...como si alguien me hubiera recortado con unas tijeras de algún otro lugar y me hubiera colocado aquí dentro.”

JOVEN1.– “Nos ha hecho amigos a la mesa y enemigos en el amor...”

JOVEN2.– “La misma discusión, siempre.”

JOVEN1.– “...como personajes en una novela barata.”

CHICA.– “La recuerdo tan sólo como si me hubiesen hablado de ella...”

JOVEN1.– “¿Ha cambiado algo en los años que llevas viviendo?”

CHICA.– “...como si nunca hubiera existido más que en palabras.”

JOVEN1.– “Nos iba moldeando a imagen de los personajes que tenía en su imaginación, matando a nuestros padres, cambiando nuestros pasados.”

JOVEN2.– “Aquí dentro todo se repite...”

JOVEN1.– “No he hecho más que dar vueltas en círculo.”

JOVEN2.– “...como si no existiera otra cosa ahí fuera.”

JOVEN1.– “Alguien ha tenido que crear todo esto.”

JOVEN2.– “¿Quién puso esas imágenes en mi mente?”

JOVEN1.– “Al final debió hartarse y guardar la casa en una caja de cartón.”

JOVEN2.– “...como si alguien...”

JOVEN1.– “Su gran obra:”

JOVEN2.– “...nos hubiera imaginado así.”

JOVEN1.– “La reforma que no tenía fin.”

CHICA.– Eso explica muchas cosas.

JOVEN2.– Esto no tiene ningún sentido.

CHICA.– No, no lo tiene, no. Pero no importa. Todo lo que empieza, tiene que acabar. Después de tantos años, tiene que acabar.

JOVEN2.– ¡Sí! Todo tiene un final.

CHICA.– Después de tantos años, un final.

JOVEN2.– Así es como funciona el mundo.

JOVEN1.– ¿De qué mundo hablas? Ni siquiera hemos encontrado aún la puerta.

JOVEN2.– No importa. Todo esto tuvo que tener un principio.

CHICA.– ...aunque seamos incapaces de recordarlo.

JOVEN1.– Yo lo recuerdo. Tú cantabas.

JOVEN2.– Ella no sabe cantar. Pero hablo de mucho antes. Si supiera cómo comenzó todo, sabría cómo va a terminar. Podría predecir el final.

JOVEN1.– ¿El final? No seas patético. ¿Realmente crees que la vida sólo puede acabar de una manera? ¿Todavía sigues con eso? Es increíble, ¡nunca cambiarás!

CHICA.– No, por favor, otra vez no.

JOVEN2.– Es cierto.

JOVEN1.– ¡No, no es cierto!

JOVEN2.– Calla, no hablo de eso. Es cierto, nuestra hermana tiene razón. Ya estamos otra vez.

JOVEN1.– ¿Dónde?

JOVEN2.– Estamos otra vez donde empezamos. ¿No tenéis esa sensación?

CHICA.– ¿Qué sensación?

JOVEN2.– La sensación de haber vivido esto antes.

CHICA.– Claro que lo hemos vivido antes. Hemos estado viviendo en círculos. Pero eso se ha terminado. El texto ya no existe. Lo que venga, habrá de ser nuevo. El resto, todo lo anterior, a partir de ahora, serán sólo recuerdos. Recuerdos imposibles de olvidar porque los habremos vivido una y mil veces. Pero nunca más. La muerte de nuestros padres, nunca más. El accidente de Rebeca, nunca más, la casa, los obreros, el revólver, nada de eso volverá a ocurrir jamás.

JOVEN1.– ¿Cómo sabes todo eso?

CHICA.– No sé cómo lo sé. Hablo de cosas que sé y que recuerdo como sé y recuerdo el accidente... aunque ni siquiera estaba allí. Pero lo recuerdo. ¿Sabéis? Creo que recordaba el accidente incluso antes de que hubiera ocurrido.

JOVEN2.– Hermana.

JOVEN1.– ¿Qué dices?

JOVEN2.– ¿Sabías que iba a ocurrir?

CHICA.– Ocurrió como tenía que ocurrir. Yo siempre lo imaginé así, cruzando el horizonte en un vestido rojo hacia el estanque. Siempre lo soñaba así. Lo imaginé todo al detalle.

JOVEN2.– ¿Tú la mataste?

CHICA.– No la maté, no, pero cuánto deseé haberla matado. A menudo imaginaba su muerte. ¡Cuántas veces la tiré por la escalera! Cada noche Rebeca rodaba la escalera hasta el recibidor y se partía el cuello. Yo me quedaba arriba, en la balaustrada, mirando su cuerpo torcido, el ángulo quebrado de su garganta. Rodaba la escalera y acababa inerte contra el suelo ajedrezado, cada noche en una posición diferente. Pero no era suficiente. Necesitaba asegurarme de que estaba muerta. Entonces empecé a subirla a la torre. Cada vez que cerraba los ojos veía una torre. Ni siquiera sabía si esta casa tenía alguna torre.

JOVEN1.– ¿La tiene?

JOVEN2.– Ninguna que yo recuerde.

CHICA.– Desde allí arriba todo se veía más claro. Un horizonte sin Rebeca. Caería y se rompería su cuello de cisne y esas piernas infinitas y ese rostro

de arpía disfrazada de ángel que os tenía hipnotizados. Ya no volvería nunca, la efigie, el ídolo que adorabais caído y roto no volvería nunca más a entrar en nuestra casa, ni en nuestra vida, ni en nuestras camas, adiós... Adiós a la manipuladora, a la intrusa, adiós a la amante y a la usurpadora. Ocurrió como tenía que ocurrir. Yo siempre supe que sería así. Lo había imaginado.

JOVEN2.– ¿“Lo habías imaginado”?

CHICA.– Imaginé una sala de música.

JOVEN1.– ¡No lo has imaginado! Ha ocurrido de veras. Tú cantabas. Tu voz me ha traído hasta aquí.

CHICA.– A veces canto cuando estoy triste.

JOVEN1.– En todos estos años nunca te había oído cantar.

CHICA.– Canto cuando me siento sola.

JOVEN1.– Tranquila. Secretos peores se han guardado en esta casa.

JOVEN2.– ¡Maldita sea! ¡Lo estáis haciendo otra vez!

[El JOVEN2 se levanta y abre un cajón, dos cajones, tres cajones.]

JOVEN1.– Me duele la cabeza.

CHICA.– ¿Qué te pasa?

JOVEN1.– No he dormido bien. Anoche tuve una pesadilla.

CHICA.– Tienes mala cara.

JOVEN1.– Soñé que Rebeca estaba viva.

[El JOVEN2 encuentra otro manuscrito.]

JOVEN2.– Todavía quedan copias. *[La destruye.]*

JOVEN1.– Rebeca estaba frente a mí y me hablaba. El cielo sin nubes era de un color azul cristalino.

CHICA.– *[Saliendo del trance.]* ¿Qué haces?

JOVEN2.– Intento encontrar todos los borradores del texto.

CHICA.– ¿Borradores? ¿Cuántos?

JOVEN1.– Soplaban una brisa fresca de eucaliptos, y destellos de sol se trenzaban entre sus cabellos como hilos dorados. Caminaba hacia mí, sus pies blancos descalzos sobre la hierba húmeda.

[Mientras el JOVEN1 habla, el JOVEN2 encuentra otro borrador. Lo destruye. No sirve de nada: el JOVEN1 sigue hablando. La CHICA observa.]

JOVEN1.– Llevaba un vestido blanco y me habló al oído. Me dijo: “Voy a decirte quién me ha matado”. Al acercarse, me llegó el perfume de una pequeña flor roja que llevaba en la solapa.

[El JOVEN2 devuelve, desesperado, los fragmentos al cajón, y sigue buscando. La CHICA abre el armario donde encontró el juguete. Vuelve a estar allí. Lo extrae cuidadosamente, lo mira a la luz, y finalmente lo deposita sobre el mueble que reproduce, como ya hizo antes.]

JOVEN1.– Intenté hablar, pero ella me miró con unos ojos celestes cruzados de nubes blancas que viajaban a gran velocidad. Entonces pronunció algunas palabras más, pero yo no podía oírla porque soplaban un fuerte viento. La brisa se estaba transformando en un violento vendaval.

[La CHICA abre el cajón donde encontró el primer texto. Vuelve a estar allí.]

CHICA.– El mismo borrador.

JOVEN2.– *[Sin prestar atención, buscando.]* ¿Qué?

CHICA.– El mismo borrador. Es la misma copia.

JOVEN1.– Ella no se inmutaba. Yo tuve que arrojarme al suelo para no salir por los aires. Sobre mi cabeza pasaban ramas y árboles enteros arrancados de cuajo, y el cielo se cubrió por completo de negras nubes. Pero a Rebeca no se le hizo ni un solo pliegue en el vestido.

JOVEN2.– ¿Qué significa?

[Decidida, la CHICA recoge del suelo el revólver que quedó atrás, apunta al JOVEN2 y dispara.]

JOVEN1.– El viento cesó y sólo quedamos ella y yo en un páramo estéril bajo un cielo plomizo. Rebeca abrió lentamente los labios y dijo: “Algún día lo entenderás todo”.

[La CHICA dispara al JOVEN1. Al caer, su cuerpo, como el del JOVEN2, se pierde en las sombras. La CHICA guarda el revólver aún humeante en su cajón. Lenta, metódicamente, guarda la máquina de escribir, cierra los armarios, destruye el mueble en miniatura. Todo queda igual que al comienzo. Una vez más, la CHICA comienza a cantar una canción triste y lenta, sin palabras.]

[Lentamente, a OSCURO.]

[TELÓN]